

EMPIRES AND INDIGENES. INTERCULTURAL ALLIANCE, IMPERIAL EXPANSION, AND WARFARE IN THE EARLY MODERN WORLD

Wayne E. Lee, *Empires and Indigenes. Intercultural Alliance, Imperial Expansion, and Warfare in the Early Modern World*. New York & London, New York University Press, 2011.

El libro editado por Wayne E. Lee se construye sobre la base de una tesis contundente, pero ya conocida: los imperios coloniales europeos no pudieron imponerse sin la colaboración efectiva de los grupos indígenas locales. Hace ya algunos años que la moderna (¡y no tan moderna!) historiografía mexicana reconoció la decisiva participación de los aliados nativos (Tlaxcala, Cempoala, Texcoco, Cholula...) en la conquista de México-Tenochtitlán. En su *The History of the Conquest of Mexico* (1840), William H. Prescott (1796-1859) aseguraba que en cierta medida el imperio mexica había sido conquistado por indios.¹ Una opinión que venía corroborada por la de otros historiadores, como el dominico fray Servando Teresa de Mier (1763-1827), para quien los soldados utilizados en la conquista habían sido indios con jefes europeos.²

En términos generales, no podemos dudar de la veracidad de la tesis de Lee, que además, se apoya en una colección de excelentes ensayos. Pero a pesar de las evidencias, pensamos que dicha tesis debe manejarse con prudencia. Asimismo, si para afirmarla y convertirla en el horizonte conceptual del conjunto de trabajos –excelentes por otra parte– que incluye el libro, la tesis se formula en torno al caso español, entonces es mejor algo más que prudencia. En efecto, lo que sucedió entre 1492 y la década de 1560 no es un sólo episodio en una larga serie de estudios de casos que se discute, sino algo más, un momento que señala los límites a unas posibilidades y a unas estrategias. La colaboración de los intrusos europeos del sur con segmentos o grupos de las mismas sociedades que pretendían dominar es algo que puede establecerse con un razonamiento analógico; sólo que esta analogía parte de un cuadro histórico al que le falta cierta precisión.

1. Citado en Antonio Espino López, «Granada, Canarias, América. El uso de prácticas aterradoras en la praxis de tres conquistas, 1482-1557», *Historia*, 45:2, 2012, p. 375.

2. *Ibidem*, p. 375. Por lo que se refiere a la caída del Tawantinsuyu, Steve J. Stern destacó las motivaciones de las elites andinas de Huamanga para apoyar a los españoles en su lucha contra Manco Inca (*Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest. Huamanga to 1640*. Madison, Wisconsin University Press, 1993, pp. 27-50. Véase también Rafael Varón Gabai, *La ilusión del poder. Apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú*, Lima, IEP/IFEA, 1996, p. 366.

Brevemente, decir que la experiencia histórica española del periodo citado es un caso excepcional de destrucción del mundo conquistado, de sus grupos dirigentes, de las lógicas reproductivas de sus estructuras sociales, culturales y religiosas. Lo que sucede entre aquel momento y la Bengala de 1757 es otra cosa, esto es, una larga guerra de posiciones, en la que ambos contendientes se observan y aprenden unos de otros. Volviendo al ejemplo español, se trató más bien de una tarea inmensa de «destrucción de Indias», de una completa imposición en la que sin duda colaboraron grupos indígenas que mejoraron sus posiciones aliándose con los conquistadores. Esta experiencia sin equivalentes (excepto quizás en el precedente de destrucción del mundo musulmán en la ribera norte del Mediterráneo entre los siglos XIII y XV; o el caso fallido de los portugueses en el Reino del Congo) tuvo unos protagonistas fundamentales y, sólo en un segundo plano, la ayuda de otros como financieros en Europa o aliados entre los pueblos americanos.

La capacidad destructiva de los invasores hispánicos no estaba fijada de antemano, sino que tuvo explicaciones que deben ser tomadas en consideración. La teoría epidemiológica, esbozada por la llamada Escuela de Berkeley (W. Borah, J. Vellard, S. Cook), señalaba las epidemias importadas por los europeos como responsables directas del colapso demográfico que devastó el continente americano.³ Asimismo, existían otras causas, como la superior tecnología militar que, según la fábula de William Prescott,⁴ explicaba el descalabro de los imperios densamente poblados, como el nahua, en los primeros años de la conquista.⁵ Sin duda la aparición de una leyenda negra antihispana, de gran trascendencia historiográfica, impidió una reflexión seria y ponderada acerca de los componentes militares de la conquista de Indias desde una perspectiva moderna.⁶ Pero los artículos que componen este libro sugieren que los caballos, las armaduras y las armas de fuego no fueron suficientes para vencer a enemigos muy superiores en número. Para derrotarlos tuvieron que reclutar aliados nativos, los cuales se integraron en las fuerzas invasoras, más «americanas» que europeas», lo que les proporcionó una mejor adaptación al terreno, así como valiosos intérpretes y efectivos militares de vital importancia para la conquista y colonización de vastos territorios. En su introducción Lee sostiene que los imperios emergentes del Norte europeo, en especial Inglaterra y Holanda, siguieron el «modelo español», integrando a soldados y auxiliares nativos entre sus huestes militares. Solo con las salvedades precedentes, este razonamiento analógico puede sostenerse y promover comparaciones adecuadas acerca de la tecnología militar o en la organización misma de las conquistas.

Este es un argumento parecido al de Tzvetan Todorov:⁷ la superioridad de la tecno-

3. Alfred W. Crosby, «Conquistador y Pestilencia: *The First New World Pandemic and the Fall of the Great Indian Empires*», *Hispanic American Historical Review*, 47:3, 1967, pp. 321-337.

4. William Prescott, *The History of the Conquest of Mexico*, 1840.

5. John F. Guilmartin, «*The Cutting Edge: An Analysis of the Spanish Invasion and Overthrow of the Inca Empire, 1532-1539*», en Kenneth Andrien & Rolena Adorno (eds.), *Transatlantic Encounters: Europeans and Andeans in the Sixteenth Century* (Berkeley: University of California Press, 1991, pp. 40-69.

6. Espino López, «Granada, Canarias, América...», cit., p. 372.

7. Tzvetan Todorov, *La conquête de l'Amérique: la question de l'autre*, Paris, Le Seuil, 1982.

logía militar española, combinada con su «tecnología superior de simbolización», llevó a Hernán Cortés a reclutar a grandes contingentes de soldados e intérpretes nativos y derrotar a Moctezuma (pp. 1-16). Pero este colaboracionismo debería ser entendido más bien como una categoría de análisis que nos permita entender las diferentes estrategias adaptativas de los grupos nativos.⁸ En este sentido Inga Clendinnen⁹ ya demostró la capacidad de los nativos americanos para responder a la invasión europea utilizando idénticos mecanismos, esto es, las alianzas interétnicas. Así, mientras que Cortés contó con la inestimable ayuda de Malinche, los mayas se aprovecharon de los conocimientos de su «intérprete» español, Gonzalo Guerrero (1470-1536), un náufrago de las primeras expediciones al Yucatán (1511), con idénticos fines.¹⁰

Lee sostiene que este «modelo» de conquista militar fue español (pp. 3-9), pero consideramos que no hubiera estado de más incluir algún estudio que demostrara esta afirmación, máxime cuando existen otros «modelos» que cuestionan esta afirmación. Sin ir más lejos, los normandos del siglo XII habían establecido alianzas con los poderes locales escoceses o gaélico-irlandeses para imponer un patrón de sociabilidad «europea» en los márgenes de la civilización. Para autenticar la superioridad normanda sobre la «barbarie» irlandesa, el pontífice inglés Adriano IV promulgó la famosa bula *Laudabiliter* (1155) a través de la cual otorgaba la soberanía (*dominium jurisdictionis*) de Irlanda a Henry II (1133-1189) de Inglaterra, instándole a ampliar la influencia de la iglesia y a revelar la fe cristiana entre los pueblos salvajes e iletrados de aquellas tierras.¹¹ Partiendo de los mismos principios de política partidista, un complaciente Rodrigo Borgia (1431-1503) – el Papa Alejandro VI – y protegido de Fernando V el Católico (1452-1516) defendió los derechos de los Reyes Católicos por medio de dos bulas promulgadas en 1493.

La creencia de que Irlanda era una tierra poblada por salvajes tenía claras conexiones con las observaciones peyorativas que los españoles habían hecho de los «indios bárbaros» en el Nuevo Mundo y que llegaban hasta su más absoluta negación. Esta categorización negativa del escocés o del gaélico irlandés como indigno, o al menos, como individuo inferior, estaba todavía plenamente vigente en el siglo XVI.¹² No parece, pues, que los

8. Un ejemplo lo encontramos en las diversas formas de «colaboración» chamorra durante la ocupación japonesa de las islas Marianas (1941-44). Al respecto, véase el trabajo de Keith L. Camacho, «The Politics of Indigenous Collaboration: The Role of Chamorro Interpreters in Japan's Pacific Empire, 1914-45», *The Journal of Pacific History*, vol. 43:2, 2008, pp. 207-222.

9. Inga Clendinnen, *Ambivalent Conquests. Maya and Spaniard in Yucatan, 1517-1570*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty»: Cortés and the Conquest of Mexico», en Stephen Greenblatt (eds.), *New World Encounters*, Berkeley, Los Angeles, London, University of California Press, 1993, pp. 12-47.

10. Gonzalo Guerrero llegó incluso a enfrentarse a las tropas españolas al mando de Pedro de Alvarado (1485-1541).

11. James Muldoon, «Spiritual Conquests Compared: *Laudabiliter* and the Conquest of the Americas», en Steven B. Bowman & Blanche E. Cody (eds.), *In Iure Veritas: Studies in Canon Law in Memory of Schafer Williams*, Cincinnati, 1991, pp. 174-186.

12. Un inglés del siglo XVI afirmaba con rotundidad que «we have Indians at home: Indians in Cornwall,

españoles hubieran inventado nada, exceptuando algunas formas de concentración de indios a pueblos – reducciones – que los ingleses adaptaron en el English Pale. Durante el reinado de Elizabeth I (1558-1603), el protestante moderado Sir Henry Sidney (1529-86), nombrado gobernador en 1565, puso en marcha un proyecto de colonización en Irlanda dirigido a atraer a los «bárbaros católicos» dentro de la zona inglesa (English Pale).¹³ En concreto, el plan consistía en despoblar un área de belicosos celtas-irlandeses, substituyéndolos por nuevos colonos de quienes podía esperarse una mayor lealtad. En este sentido, al reformar la lengua, las leyes y costumbres irlandesas, dicho proyecto se convirtió en el primer paso hacia el establecimiento de una hegemonía inglesa en Irlanda. Evidentemente, muchos de estos «bárbaros» de la periferia, como los católicos irlandeses o los habitantes de las Tierras Altas de Escocia, se acabaron integrando en la «civilización inglesa», convirtiéndose en valiosos «aliados interculturales» en la colonización de Georgia y Nueva Escocia, como apunta Geoffrey Plank, «in part because of their reputation for primitive violence» (p. 240). A partir de estas observaciones, el desplazamiento equivalente de la frontera europea (Robert Bartlett), en el caso de los *Iberian first comers* en el sur entre los reinos cristianos y los enclaves musulmanes en Sicilia o Al-Andalus, resulta del todo pertinente.¹⁴

Partiendo de la historia militar, Lee analiza los efectos que el armamento, la estrategia y la táctica militares de la Europa moderna tuvieron a nivel político-social entre los grupos nativos de Norteamérica (Iroqueses, Cheroquis, Algonquinos). Las culturas no se consideran estáticas, sino dinámicas, construyendo un conjunto de actitudes, comportamientos y prácticas que les permiten alcanzar objetivos comunes. En ese contexto, las armas, los cuchillos, la pólvora, se convirtieron en valiosas mercancías que les permitió establecer alianzas y relaciones de «buena vecindad» con los invasores europeos.¹⁵ Pero esos mismos objetos alteraron las formas de reciprocidad y redistribución de las sociedades nativas, lo que a su vez provocó cambios en las estructuras político-sociales de dichos pueblos. Del mismo modo, Jenny Hale Pulsipher nos habla del control que los ingleses ejercieron sobre los wabanakis, un grupo de nativos algonquinos que mantenían un difícil equilibrio de poderes entre los colonos franceses y los ingleses, basado en protocolos

Indians in Wales, Indians in Ireland», Christopher Harper-Hill, *Change and Continuity in the Sixteenth-Century England*, London, Weidenfeld and Nicholson, 1974, p. 20.

13. Entre 1553-1556, Sidney estuvo en España como emisario de la reina Mary I (1553-1558), en donde muy probablemente pudo aprender de las técnicas españolas para «reducir» a los «bárbaros» de las Indias, Nicholas P. Canny, *The Elizabethan Conquest of Ireland: A Pattern Established, 1565-1576*, especialmente el capítulo 6, «The Breakdown: Elisabethan Attitudes Towards the Irish», 1976, p. 66; pp. 133-136.

14. Robert Bartlett, *La formación de Europa. Conquista, civilización y cambio cultural, 950-1350*, València: Publicacions de la Universitat de València, [1993] 2003. En este punto es pertinente recordar un magnífico estudio del historiador Josep Torró Abad sobre la conquista de la Valencia musulmana, cf. *El naixement d'una colònia. Dominació i resistència a la frontera valenciana (1238-1276)*, València, Publicacions de la Universitat de València, 1999.

15. Algo parecido sucedió en las Marianas, donde el hierro se convirtió en una valiosa mercancía para los chamorros, ver Frank Quimby «The Hierro Commerce: Culture Contact, Appropriation and Colonial Entanglement in the Marianas, 1521-1668». *The Journal of Pacific History*, 46:1, 2011, pp. 1-26.

diplomáticos y comerciales con los europeos. Tras la Guerra de los Siete Años (1756-63), ese equilibrio se resquebrajó cuando los franceses abandonan el territorio, dejando a los wabanakis a merced de los colonos ingleses, cuyo número iba aumentando exponencialmente.

En las costas de África central, los portugueses conquistaron una pequeña franja de tierra, que según John K. Thornton, «was hardly spectacular by Spanish standards» (p. 168). Su objetivo no era penetrar en el interior del continente, como hizo Cortés, sino apoyar a sus aliados congoleños por el control de Angola (1491-1671), provocando guerras con las que se abastecían de esclavos (pp. 167-191). Pero Thornton parece olvidar que Angola formaba parte de una estructura tripolar (Lisboa/Brasil/Luanda) que intercambiaba cachaça (la «jeribita» angoleña) y cientos de toneladas anuales de mandioca a cambio de esclavos en el Atlántico sur.¹⁶ Tras la unión de las dos Coronas (1580-1640), los contratos de asiento –privilegios de importación de esclavos– fueron monopolizados por los portugueses.¹⁷ Como bien ha señalado Alencastro, los españoles introdujeron la cultura de la caña de azúcar en las Canarias y el Caribe. Pero también en el Brasil colonial, donde nació la necesidad de esclavos para las redes mercantiles con África. Y para defender esas redes los portugueses recurrieron no sólo a sus aliados africanos, sino a las *bandeiras* paulistas importadas directamente de Brasil.

En 1641, el gobierno holandés de Pernambuco lanzó un ataque militar contra Angola. Guillermo II de Nassau, príncipe de Orange (1626-50), sabía perfectamente que el Brasil del azúcar no podría vivir sin Angola: «Sin el comercio de esclavos y los puertos de Angola, el Brasil holandés sería inútil, sin fruto». Siete años más tarde, los portugueses y colonos del Brasil contraatacaron desde Río de Janeiro, atravesando todo el océano para reconquistar Angola. Tres flotas sucesivas, de 1645 a 1648, fueron enviadas con este fin. La tercera en 1648, dirigida por Salvador Correia de Sá (1594-1681), gobernador de la capitanía general de Río de Janeiro, estaba integrada por once barcos y un ejército de más de un millar de fluminenses. Sin Angola, Brasil no podía existir. En palabras del padre Vieira: «Brasil vive y se nutre de Angola y podemos decir con mucha razón que el cuerpo de Brasil es en América, pero que su alma está en África».¹⁸

Posteriormente, Angola permaneció bajo control portugués: Salvador de Sá (1648-52), Joao Fernández Vieira (1658-61), André Vidal de Negreiros (1661-1666) poseían

16. Josep M. Fradera, «La particularidad del imperio español (una apreciación comparativa)». Manuscrito.

17. Luiz Felipe de Alencastro, «Le versant brésilien de l'Atlantique-Sud: 1550-1850». *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 61, 2006/2, p. 340.

18. Luiz Felipe de Alencastro, *O Trato dos viventes. Formação do Brasil no Atlântico Sul*. Sao Paulo, Ed. Companhia das Letras, 2000, p. 232. Como apunta Alberto da Costa e Silva, la historia del Brasil «cannot be written without considering what was happening on the other side of the Atlantic, in each of the regions from which Brazil was receiving slaves to develop and settle its vast territory», cf. José C. Curto & Paul E. Lovejoy (eds.), *Enslaving Connections. Changing Cultures of Africa and Brazil during the End of Slavery*, New York, Humanity Books, p. 24. Véase también Joseph C. Miller, «The Dynamics of History in Africa and the Atlantic “Age of Revolutions”», David Armitage and Sanjay Subramanyam (eds.), *The Age of Revolutions in Global Context, c. 1760-1840*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 101-124.

propiedades esclavistas en Río de Janeiro y Pernambuco. La Corona portuguesa protestó ante las intervenciones brasileñas sobre Luanda. Allí también trataron de acceder de nuevo los holandeses, e incluso los españoles, después del Tratado de los Pirineos (1659). Los brasileños enviaron tropas de mulatos provenientes de Pernambuco por el gobernador André Vidal de Negreiros, antiguo comandante y propietario de los molinos de azúcar de Paraíba, cuya resistencia al entorno físico africano era mayor que la de los portugueses. La batalla de Ambouila (1665), probablemente la ofensiva colonial más importante del África negra en la época moderna, no merece por parte de Thornton ningún comentario.

Tampoco Mark Meuwese parece haberse dado cuenta de la importancia de esta complementariedad económica creada entre Brasil y Angola. En su artículo señala que la *West Indian Company* (WIC) movilizó a grandes contingentes de soldados, armas y barcos para hacerse con el control de las regiones azucareras del nordeste de Brasil. Pero ello fue posible no sólo por el apoyo de los guerreros tupís, sino también por la integración del «Brasil holandés» en esa estructura tripolar. En este sentido, el trabajo de Marjoleine Kars sobre la rebelión de esclavos en la Guayana holandesa (1763) destaca la importancia de la esclavitud negra en las colonias de Berbice, Essequibo y Demerara (más conocidas como la «Costa Salvaje»). Aunque la autora subraya la importancia del apoyo logístico de los Arawak y Waraos en la revuelta de los esclavos cimarrones (1763), sería interesante analizarla en los términos de la historia global, esto es, la debilidad de la *West Indian Company* (WIC) que en 1780 perdió el control de los territorios de Surinam a manos de los ingleses (pp. 251-75).

El artículo de Douglas M. Peers cuestiona la supuesta «revolución militar europea»¹⁹, basada en ciertos presupuestos epistemológicos y teleológicos orientalistas, analizando otros factores, como la fiscalidad militar de los británicos y su capacidad para mantener a grandes contingentes de soldados profesionales bien equipados en el sur de la India, entre los que abundaban los nativos (pp. 81-106). Otros historiadores, como Virginia H. Aksan, han señalado que los ejércitos del Sultán Süleyman (1520-66) estaban integrados por esclavos, en su mayoría *sipahis* y jenízaros, vinculados al imperio por lazos culturales y religiosos. Sin embargo, a partir del siglo XVIII los sultanes otomanos empezaron a utilizar mercenarios y auxiliares nativos, lo que supuso un cambio en el sistema militar contractual establecido hasta entonces (pp. 141-63). Ahí de nuevo, la distinción entre analogía y proceso histórico vuelve a ser relevantes. Paradoja sobre paradoja, en el momento de la génesis del capitalismo de *laissez-faire*, cuando en Gran Bretaña arrecian las críticas por las restricciones arancelarias en el Atlántico y los privilegios y la capacidad corruptiva de la *East Indian Company*, esta se lanza a una operación que ya no es de posiciones sino de conquista, de conquista para quedarse, aunque se cubra con el manto de la soberanía no discutida del lejano Emperador en Delhi. De nuevo, como en la Nueva España, el imperio sigue a la bandera, con impues-

19. Parker, Geoffrey, *Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West*, Cambridge University Press, 1996.

tos, magistrados y administradores dispuestos a entrar, esta vez sí a la española, en el corazón de las sociedades locales.

En definitiva, este libro no resuelve de manera completamente adecuada la adaptación «local» a los procesos de «globalización» –o «mundialización», que diría Gruzinski²⁰ de la modernidad europea. El imperialismo y la expansión colonial europea, a excepción del colonialismo ruso descrito por David R. Jones (pp. 109-40), no significaron únicamente el aumento de la producción mercantil, sino la transformación de las relaciones de trabajo y propiedad de los grupos humanos. No se puede negar la importancia de las alianzas inter-étnicas en la conquista de los espacios coloniales; tampoco estas son la clave que lo explica todo. Sin embargo, pensamos que dichos acuerdos no pueden entenderse de manera aislada, sino en conexión con los proyectos y designios de las sociedades metropolitanas. En el marco de los proyectos de éstas a largo plazo, proyectos en los que violencia, guerra de destrucción, colaboración, rapiña y beneficios económicos para los suyos se daban de la mano.

Josep Maria Fradera & Alexandre Coello de la Rosa
Departament d'Humanitats
Universitat Pompeu Fabra (UPF, Barcelona)

20. Gruzinski, Serge, *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, Paris, Editions de la Martinière, 2004.